

las palomas exhalan,  
gratamente me duermo.  
Suele correr a veces  
un airecillo fresco,  
suele llegar la noche  
y retumbar el trueno,  
mas, como no me llamen,  
yo nunca me despierto.

Y uno de Ibn-Zaydun, dirigido a Wallada:

Cuando en el centro del alma  
te hablo de amor, vida mía,  
el corazón me destrozan  
los recuerdos de mi dicha.  
Desde que ausente te lloro  
mis noches pasan sombrías,  
porque nunca tu belleza  
con su luz las ilumina.  
El que de ti me apartasen  
entonces yo no temía:  
hoy juzgo al verte de nuevo  
dulce y soñada mentira.

Finalmente otro de al-Mutamid, el desgraciado rey de Sevilla que acabó su vida prisionero y cargado de cadenas en Marruecos, y que ante una visita de su hijo Abu Hisan, al verle llorar, escribió:

¡Ay, cuánto he padecido!  
¡Tened piedad de mí, rudas cadenas!  
El peso me ha rendido.  
Los fuertes eslabones me han herido,  
consumiendo la sangre de mis venas.  
Mi Abu Hisan, el corazón llagado  
y el noble rostro en lágrimas bañado,  
este tormento mira.  
Tened también piedad del joven bello,

que no doble al dolor su erguido cuello;  
que el destino, en su ira,  
no le obligue a que llore  
y de vosotras compasión implore.  
Mover en fin vuestra piedad debían  
sus hermanas pequeñas, que en el seno  
maternal con la leche ya bebían  
del infortunio el áspero veneno.  
Una en continuas lágrimas se anega,  
cuyo fervor la ciega;  
otra fecundo pecho busca en vano  
con los hambrientos labios y la mano.

Como vemos, en este caso la versión de Valera está escrita en liras, con rimas consonantes. En conjunto, el tono de Valera no está lejos del del duque de Rivas, a quien acompañó en su primer destino diplomático, aunque también podríamos encontrarle similitudes con Espronceda, tan popular en su época.

Y ya si hablamos de poesía española del siglo XX en cualquiera de sus variantes –la traducción en este caso– el primer nombre que hay que destacar es el de Juan Ramón Jiménez (Moguer, Huelva, 1881-Puerto Rico, 1958), que se adelantó a todos en casi todo y que, por su dedicación a la poesía a tiempo completo, no dejó aspecto ninguno de ésta fuera de sus preocupaciones y actividades. Se sabe que en su infancia, en el colegio de los jesuitas del Puerto de Santa María, tradujo como ejercicios escolares a poetas como Millevoye, Musset, Hugo, Gautier o Lamartine, pero las primeras versiones suyas conocidas son las que realizó en Sevilla a partir de 1896 (tenía 15 años) de poetas «regionales», como él los llama, es decir, gallegos. En un reciente libro, *Música de otros. Traducciones y paráfrasis*, preparado por Soledad González Ródenas (Círculo de lectores, Barcelona, 2006), se pueden leer algunas de esas versiones de Rosalía de Castro y Curros Enríquez, junto a otras de Ibsen, Verlaine, Rémy de Gourmont, Anatole France, Moréas, Samain, Pierre Louÿs, Régnier, una de Leopardi y dos de poetas orientales, al parecer japoneses, todas ellas traducidas del francés y fechadas entre 1907 y 1912.

Su amistad con una norteamericana, que había estado casada con un español, Luisa Grimm de Muriedas, lo hace acercarse al idioma inglés, que a partir de 1913, cuando conoce a Zenobia Camprubí, que lo dominaba, se convertirá en su idioma de recepción y de acercamiento a la poesía universal. La ayuda de Zenobia fue fundamental, y muchas, si no todas las traducciones del inglés realizadas por Juan Ramón las hizo basándose en versiones literales, en prosa, que le pasaba Zenobia, o en ocasiones otros amigos, y que él luego trabajaba y procuraba encajar en versos. De hecho, en el libro ya citado alternan los poemas versionados por Juan Ramón con otros aún en prosa, que sin duda no tuvo tiempo, oportunidad o ganas de reelaborar y que podemos atribuir a su mujer. Las traducciones más famosas, firmadas por los dos, fueron las del poeta bengalí Rabindranath Tagore, premio Nobel en 1913, a cuya paternidad Juan Ramón acabó renunciando, y así figuran en las últimas ediciones firmadas únicamente por Zenobia Camprubí de Jiménez.

Respecto a sus conocimientos lingüísticos, escribió con sinceridad: «Yo nunca he sido listo en lenguas extranjeras. Las he leído, no hablado. En estas traducciones me ha ayudado mi mujer, en otras amigos como A[lberto] J[iménez] F[raud] o extranjeros.»

Hombre de mil proyectos, Juan Ramón siempre tuvo la intención de incluir sus versiones de poetas extranjeros en el conjunto de su obra, y pensó a lo largo de los años en títulos diversos como *El jirasol y la espada*, *Otros, traducciones y paráfrasis*, *Traducción a secas*, o *Música de otros*, que es el que han escogido para esta reciente edición recopilatoria.

A los autores ya citados, sólo hay que añadir en años posteriores unos pocos poemas en lengua diferente del inglés, uno de Mallarmé y otro de Baudelaire, del francés, y uno de Goethe y otro de Stefan George, del alemán. Los demás, fueron todos de lengua inglesa, y son varias decenas los autores traducidos, entre los que se encuentran los más importantes, desde Shakespeare, Blake, Shelley, Poe o Whitman, entre los clásicos, a Emily Dickinson, Pound, Eliot, Frost, D. H. Lawrence o Yeats entre los contemporáneos, siendo los más traducidos por él —o por ellos— el irlandés Yeats y Shakespeare, del que se conservan borradores de los primeros 35 sonetos, versiones literales que sin duda realizó

Zenobia y que el poeta no tuvo la oportunidad de pulir. Al ser los 35 primeros, nos indican la probable intención de traducir los 154, proyecto que las circunstancias frustrarían, como tantos del genial moguereno.

En su juventud, escribe respecto a la técnica de la traducción: «Creo imposible conservar la expresión exacta, el ritmo exacto, la rima equivalente, la emoción. Prefiero dar a un lado el texto original en donde pueda estudiarse el metro, el ritmo, la rima y al otro la versión exacta en prosa.» Y en uno de sus aforismos, afirma: «Al traducir, lo que hay que conservar es el acento. Todo caerá en el acento como en una tromba.» Y precisando este concepto, afirmó: «...es lo que la gente del pueblo llama 'dejo', o sea un 'sonido' propio, peculiarísimo, que una vez usado por un poeta nadie que vuelva a usarlo podrá hacer desaparecer; viene a ser algo como una música interior, personalísima, que el verdadero poeta comunica a su verso.»

Ya en su madurez, como tantos poetas que alcanzan la maestría, a lo que tiende es a asimilar los versos ajenos y a hacerlos suyos, a apropiárselos y, en vez de traducirlos con las inevitables deficiencias, transformarlos en poesía re-creada y asumida como propia. Y lo escribe en un borrador: «Únicamente debe traducirse cuando lo que uno lee de otro le sea tan íntimo, tan propio a uno, que se conmuevan las flores del abismo de nuestra alma; que lamentemos que no sea aquella expresión nuestra. Entonces le damos –debemos darle– forma propia en nuestra lengua, para que sea aquello un poco de uno. En este sentido –el único– la traducción siempre es un robo.»

Veamos, finalmente, algunas traducciones de Juan Ramón, dos de la primera época, del francés, una de Verlaine y otra de Anatole France, y dos de la segunda, una de Emily Dickinson y otra de Ezra Pound, dos autores a los que él fue el primero en verter a nuestro idioma:

De Paul Verlaine,

*Mandolina*

Los que dan las serenatas  
y las bellas que los oigan

cambian su insulso decir  
bajo las cantantes frondas.

Está Tirsis, está Aminta,  
está Clitandro sin hora,  
y Damis que a una cruel  
tal verso tierno coloca.

Sus chaquetillas de seda,  
sus largas faldas de cola,  
su elegancia, su alegría,  
sus blandas y azules sombras,

torbellinan en el éxtasis  
de una luna gris y rosa.  
Y la mandolina charla  
en la brisa temblorosa.

De Anatole France,

*Ante una firma de María Estuardo*

Esta reliquia exhala un olor de elejía;  
pues la reina de Escocia, cuyo labio galano  
daba un beso a Ronsard y otro al misal romano,  
puso algo en ella de la majia que tenía.

Cuando la reina, con su frágil enerjía,  
firmó *María* al pie del pergamino anciano,  
la hoja feliz se puso tibia bajo la mano  
que azulaba una sangre brava para la orjía.

Maravillosos dedos de mujer han estado  
aquí, con el perfume del rizo acariciado  
en el orgullo real de un sangrante adulterio.

Yo torno a hallar la esencia y la luz rosa de estos  
dedos reales, hoy mudos, descompuestos,  
flores tal vez de algún tranquilo cementerio.

De Emily Dickinson:

Dos Puestas de Sol te mando.  
(El Día y yo competíamos;  
hice dos y unas estrellas,  
mientras él hacía una.)

La Suya es más grande. –Pero  
como Yo dije a alguien,  
las Mías están mejor  
para llevarlas a mano–.

*(Con unas vistosas flores.)*

(No se comprende por qué el sexto verso obliga a la sinalefa cuando una traducción literal la evitaría, ya que en el original se dice «But, as I was saying to a friend», que quedaría en español, suprimiendo el «Pero», que pasa al verso anterior: «como yo dije a un amigo» o «como le dije a un amigo».)

La otra, un fragmento del «Canto XVII» de Ezra Pound, con curiosas interpolaciones de J.R.J.:

Qué sencillo y liso es lo bello. Y qué bizantinismo innecesario el del «Canto» de Ezra Pound que leímos anoche. Empieza bien: «Mientras que de mis dedos estallan las enredaderas –y las abejas cargadas de polen – trajinan pesadamente en sus brotes – chirr, chirr, chirr, rrikk, con su bordoneo – y los pájaros dormilones en la rama...» Pero luego: –«¡Zagreus! ¡Io Zagreus!– con el primer pálido claror del cielo –y las ciudades puestas en sus montes– y la diosa de las bellas rodillas – andando por allí, con el robledal detrás de ella, – la verde pendiente con los dogos blancos – saltando en torno a ella; – y de allí, abajo, a la boca del riachuelo, hasta el anochecer – agua llana ante mí – y los árboles creciendo en el agua, – troncos de mármol saliendo de la quietud – más allá de los palacios – en la quietud – la luz ahora, no del sol – Chryso-prasia – y el agua verde clara y azul clara, – allá, hasta las grandes peñas de ámbar, – y entre ellas – la cueva de Nerea – como una gran concha curva...» etc.